

[]

Conozco bien su nombre. A veces parece un pequeño animal.

Se detiene a poner sus larvas entre ortigas, en la calcinación de los augurios y la flexión descarnada de una pierna ortopédica que no puede decir su primer engranaje.

A ratos se acerca al pliegue del ombligo, lo mordisquea con un amor muy áspero que no se llama *amor*, como si quisiera arrancarlo, como si el ombligo fuese bisagra o engranaje de otra cosa, oxidada en lo múltiple y viscoso que cierra la glotis y desboca el caballo de las palpitaciones.

Imagina el sigilo de la entraña, la omnívora paciencia de la voracidad, la úlcera encharcada en toda unidad léxica.

Su manual de crianza y de reproducción indica que no conoce restricción alguna. Deposita sus larvas con cuidado en el todo lugar, el todo tiempo, el magnánimo prefijo de lo todo. Pero incluso si siempre lo has sabido, ¿cómo es que puede llegar sin mediación hasta el blando dialecto de la carne?

No quiero llamarlo. A menudo es un animal temible, aunque otras veces no abandone el linaje de las formas exiguas. Se puede geolocalizar en algunas palabras pero ha colocado sus larvas en todas, porque son pegajosas y omitidas, transparentes. Lo múltiple y viscoso que cierra su dictado.

Tal vez tenga también sus preferencias. La violencia del semen penetrando la infancia, la llaga lacerada por ácido verbal, el ángulo abrasivo de todas las esquirlas (no importa si es metal u otra materia, toda materia es hija suya por más que lo rechace).

Si ya le pertenece a la pierna amputada, a los campos donde hacinar personas o al grito con que clama la justicia, ¿quién va a poder deletrear su dolor?

Su nombre es miedo y también es mi padre.

María Ángeles Pérez López (inédito)